

CULTURA POPULAR.

Lluvia menuda



HONRADEZ SIN DIOS

—Nada, nada: Dios, la religión y los santos y santicos son zarandajas de la gente de sotana para embaucar á los bobos y comer á sus costillas. Cada uno que procure pasarlo bien y ser hombre honrado, dejando á su familia buen nombre y monises, para todo lo cual maldita la falta que hace Dios ni la Religión.

—Que se repita, Sinforiano,—interrumpió un obrero después de apurar la copa.

—¡Es mucho hombre este Sinforiano!—exclamó otro.

Yo era el cuarto de los que al rededor de la mesilla estábamos, y me callé. En todo el café no había más *circustantes*, salvo el mozo que sonreía é iba quitando copas y botellas. Mis tres obreros me miraban: Sinforiano admirado de mi silencio; el segundo, que le llamo así por ignorar su nombre, pidiéndome con los ojos signos de aprobación; el tercero, admirado de que no me admirara.

—Señores,—dije,—no se me ofendan si no ápruebo lo que el Sr. Sinforiano acaba de decir; pero esto no quita el que

yo me atreva á convidarles á un ponche calentito... Acabo de llegar; ustedes terminan, por lo que veo. Acepten sin cumplimientos.

Y acompañé mi ofrecimiento con una sonrisa que suavizó la aspereza de aquellos semblantes.

—Aceptado, caballero,—dijo complacido Sinforiano, y los otros dos repitieron no menos complacidos: —Aceptado.

Vino el ponche, servi á mis buenos obreros, y, apenas paladeado el primer sorbo, me espetó el Sinforiano:

—¿Decía usted que no tenía razón, caballero?

—No he dicho tanto, pero pues usted me pregunta con tanta llaneza con la misma le respondo que, efectivamente, lo que usted dice no es razonable.

Sinforiano sonrió, los otros casi se enfadaron.

—Una pregunta,—dije á Sinforiano, que parecía el más *intelectual* de los tres.—¿Está usted seguro que no hay Dios?

—Seguro, seguro... no, á fé de Sinforiano; pero tanto se me dá. Con ser *honrao* estoy al cabo de la calle, y no tengo necesidad de Dios para eso.

—Aunque yo le crea á usted muy honrado, y lo mismo á estos señores, de la honradez sin Dios no fio gran cosa.

Los tres fruncieron el ceño un poquito.

—Hice la salvedad que hice en favor de ustedes, antes de afirmar lo que he afirmado. Repito que les tengo por hombres honrados, y, á pesar de ello, la opinión mía respecto á la honradez sin Dios y sin religión, es opinión de muchos conspicuos, y casi estoy por decir, de todos los que tienen un gramo de mollera, y aún será opinión de ustedes, si me quieren oír cuatro palabras.

—Que nos place, muy señor nuestro,—dijo el Sinforiano y asintieron los demás.—Pero es difícilillo lo que se propone.

—En primer lugar les citaré un hecho muy significativo. Luis Veuillot, escritor impio en sus principios, sabio de talla, activo, batallador, convertido más tarde al Catolicismo, fué enemigo tremendo de ateos, masones, socialistas y bribones de toda laya, combatiéndolos á maravilla, pues conocía el paño. Un día le trajo un joven no sé qué cuenta, que Veuillot se apresuró á pagar.

«—¿Quiere usted recibo?»—preguntó el joven.

«—No: ya nos ve Dios.»

«—Es que yo, aunque muy honrado, no creo en Dios.»

«—¿No cree usted en Dios? pues venga el recibo.»

Y este es el caso.

—¡Vaya un casito de miga!—dijo Sinforiano.

—Cuento lo que pasó: á ustedes toca comentar. Yo por comentario añadiré que sin Dios ni religión la honradez es una filfa. Y si no, vamos á pruebas. Supongamos un hombre que no cree en Dios y que está seguro, fíjense bien, *está seguro* de que la vida de ultratumba es una fábula. Este *quidam* tiene hambre de felicidad como cada hijo de vecino, y, claro, pone su felicidad en este mundo, pues para él no hay otro. Es más pobre que la miseria, y un día —¡dichoso día!—se topa con la ansiada felicidad en forma de saquitos de oro viejo, metidos en las entrañas de una abierta caja de caudales. Nadie lo ve; el robo quedará oculto á todo el mundo; él es honradísimo, pero no hay infierno, ni cielo. . Un escrúpulo se le ofrece: la conciencia, el deber... —¡Hombre! ¡hombre!—dice para sus adentros, —conciencia y deber sin Dios... ¿Qué será eso?—Y se ríe de sus tontos escrúpulos y se llena de oro los bolsillos. ¿Qué os parece del ejemplito?

—¡Garamba!... Pone usted un caso, así .. tan á lo vivo...

—Pues, amigo Sinforiano, yo haría lo mismo, si no creyera en Dios. ¡Honradez sin Dios! ¡moralidad sin Dios! ¿Qué significado tienen estas frases?

—Pero usted no me podrá negar que puede haber hombres morales y hasta virtuosos sin necesidad de Dios ni de religión. Yo, al menos, los concibo posibles.

—Que sea posible fingírseles uno en el magin, como se puede fingir otra barbaridad, pase: que en realidad los haya... eso sí que no cuela. ¿No se ha fijado usted en el ejemplito que he traído á cuento?

—Sí, señor, sí... y veo que usted tiene razón, pero...

—No hay peros que valgan: me sobra la razón. Aun con todos nuestros diez mandamientos, y con un infierno terrible después de la muerte para los bribones y un cielo venturoso para los buenos, hay tanto pecado y tanta miseria moral ¿y quieren ustedes que suprimiendo á Dios y los castigos y premios de ultratumba van á ser los hombres mejores? Si aún con todas estas ayudas de costa de nuestra santa religión, hálase muchas veces el corazón inclinado á lo malo y cuesta grandísimo trabajo hacerlo entrar en vereda, gracias á las consideraciones que la fé bendita sugiere, ¿quieren estos señores moralistas sin Dios hacer personas castas, personas honradas, virtuosas y santas.

con decirles: «No hay Dios ni religión, pero sea usted honrado? ¿Qué falta le hace á usted Dios para ser bueno?»

Vamos, vamos, amigos míos, que les hacen comulgar á ustedes con ruedas de molino. Créanme, no hagan caso de esos charlatanes que les hablan de moralidad sin Dios. Ellos mismos practicarán tal vez la moralidad que os predicen, pero una moralidad muy cómoda. «Mientras me vean,—dicen,—practicaré ó fingiré practicar la moralidad que predico, por bien parecer; pero allá, á mis solas, meteré, si puedo, la mano hasta el codo en el arcón ajeno, y reventaré á mi enemigo, si puedo reventarlo á mansalva, y comeré á dos carrillos, y ¡viva la Pepa! que este pícaro mundo pasa muy deprisa y no hay, más allá de la tumba, sino sombras y nada. ¡Pues viva la moral sin Dios y viva yo, el más moral de los humanos!» Con semejante moralidad, esos tunantes son dignos de un grillete. Esta es la moralidad socialista, esta es la honradez sin Dios: comer, gozar, fastidiar y aun matar á quien lo impida. No tiene otra honradez, creedme.

—Y tiene usted razón—interrumpió el segundo obrero,—porque yo he leído en un periódico socialista casi esas mismas palabras del gran Babel.

—Bebel, querrás decir, que es el *leader* principal del actual socialismo alemán, y que realmente es grande, pero gran pícaro y muy diestro y muy vividor, pero mucho. Ya te recordaré yo las palabras que ese gran bribonazo predica siempre á los borregos que le siguen. «Gozad, les dice; nuestro cielo está en la tierra; todo acaba con la muerte.» En estas palabras de uno de los principales socialistas del mundo, está compendiada la honradez sin Dios. Y, hablando en plata, ¿no habeis observado que los honrados de verdad son hombres de religión?

—¡Es que es cierto!—dijo el tercer obrero con espontaneidad que me hizo sonreír.

Pagué al mozo, tomé el sombrero, estreché á mis buenos obreros las manos y les dije por despedida:

—Desengañaos, amigos míos, no busquéis hombres de bien sin religión, y si alguien se os declara honrado y no cree en Dios ni en el diablo, creedme... no le fiéis la bolsa.

M. S.